



3. Mundo árabe: las revoluciones pendientes

Disonancias de la izquierda árabe

Hisham Bustani

El debate sobre el proyecto laico-democrático-de izquierdas en el mundo árabe es un debate sobre la crisis, una crisis que se manifiesta en dos cuestiones: en primer lugar, está la cuestión fundamental de si tal proyecto aún existe en forma coherente y global y no solo como un conjunto disperso de declaraciones y propuestas que se contradicen entre sí, y también las bases sobre las que supuestamente descansa. La prueba de tal incoherencia radica en cómo los partidos políticos y los individuos que dicen adherirse a este proyecto lo presentan a conveniencia, de manera selectiva y demagógica, disociando su esencia y su dialéctica. Divergiendo de los valores que tales “izquierdistas” pretenden abrazar, se abstienen de participar en las grandes luchas que forman y producen su supuesto proyecto. En segundo lugar, está la falta de proliferación de las propuestas de este proyecto en las profundidades de las formaciones sociales y de las clases que más tienen que ganar con la consecución de sus objetivos. Hay una ausencia de un portador social que adopte los valores de tal proyecto. La mayoría de los que pretenden la adhesión al mismo pertenecen a la clase media y se sienten atraídos por su parcial “apertura” y liberación social, que para ellos no da lugar a una crisis existencial/epistemológica (alienación de clase) o a una nueva conciencia de la verdadera marginación económica-social y represión (conciencia de clase). Por esta segunda razón, el discurso de la izquierda no adopta más que una forma social liberal, mientras que las clases empobrecidas se sienten atraídas por el conservadurismo social y religioso, y constituyen la mayor audiencia de los partidos religiosos.

El proyecto laico/democrático/de izquierda contiene un amplio espectro de propuestas, así que me voy a limitar en este ensayo a abordar la corriente “izquierdista” de estas propuestas, que incluye asimismo a un gran número de comunistas, nacionalistas y progresistas en general. Las revueltas árabes han dado a conocer las grandes crisis estructurales que esta izquierda está atravesando: su incoherencia, sus fallos y su miedo ante el movimiento de la Histo-

ria, y su dependencia de los regímenes árabes y de las intervenciones de cada potencia internacional a las que dice oponerse. La realidad de estos levantamientos populares y el hecho de que ningún partido político, sea de izquierda o de otro tipo, haya desempeñado papel significativo alguno en su instigación o en la configuración de sus trayectorias posteriores, nos guía en nuestra aproximación a esta crisis para entenderla.

Escasez de la producción teórica y epistemológica

La izquierda árabe surgió en el contexto de la lucha de liberación contra el colonialismo. Su discurso se formó en la era de la “liberación nacional” del Tercer Mundo, tras la Segunda Guerra Mundial y el ascenso de la Unión Soviética como potencia mundial frente a Estados Unidos. Este discurso no ha evolucionado mucho desde aquella época por muchas razones que incluyen las siguientes: en primer lugar, la no conclusión de la “liberación nacional” hasta la fecha, debido a la imposibilidad objetiva de su realización dentro de los límites establecidos por los colonialistas al objeto de mantener a raya los territorios que marcan: dependientes, socialmente distorsionados y carentes de su potencial liberador. En segundo lugar, la falta de teóricos e intelectuales relevantes, con la excepción del Mahdi Amel y Samir Amin, capaces de profundizar en las estructuras y formaciones sociales y económicas para demarcar aquellos sectores con más interés en el cambio progresivo. En tercer lugar, las estructuras autoritarias y estalinistas de la mayoría de los partidos de izquierda árabes, que inhabilitan el pensamiento crítico y la argumentación teórica. La educación del Partido, en el mejor de los casos, se limitaba a hacerse eco de las opiniones de los cargos políticos y del presidente del Partido, mientras que sus decisiones se consideraban como los partidarios de las corrientes religiosas consideran las interpretaciones bíblicas de sus dirigentes.

El discurso político debe traducirse en bases epistemológicas porque, de otro modo, la práctica política se vuelve torpe, azarosa y poco productiva a largo plazo. Esto podemos apreciarlo claramente en las revueltas árabes. En ausencia de fundamentos epistemológicos sobre las que se desarrollen los movimientos populares, y en ausencia de organizaciones capaces de adoptar tales fundamentos, los levantamientos populares derivan hacia la crisis. Se vuelven incapaces de “hacer caer el sistema” porque no existe otro sistema nuevo o alternativo. Existe un cierto desdén por la “teorización” que ha penetrado en la mente de la nueva generación de activistas. Se centran únicamente en “trabajar en la calle”, sin “perder el tiempo en la teorización”, olvidando que la teoría predetermina el propósito de cualquier movimiento y evita que sus opositores lo subviertan.

Tendencia hacia la división y la fragmentación

Las organizaciones árabes de izquierda probablemente han sufrido la mayor cantidad de divisiones y fracturas en comparación con otras organizaciones

políticas en otros lugares. El Partido Comunista Sirio dio lugar a dos partidos, un en Líbano y otro en Siria. El Partido Comunista de Jordania asimismo se dividió en dos siguiendo la frontera nacional: uno jordano y otro palestino. El Movimiento Nacionalista Árabe se dividió en tres frentes solo en Palestina. Entre el partido nacionalista Baaz de Siria e Irak, en ambos países en el gobierno, surgió la crisis que forzó la fractura entre ambos países. El Baaz sirio se alineó con Irán, “el enemigo nacional” de los árabes, en contra de Irak, el “hermano nacional” árabe durante la primera guerra del Golfo. Luego luchó contra Irak nuevamente bajo el paraguas del “enemigo imperialista estadounidense” en la segunda guerra del Golfo.

Por otra parte, la práctica política de la izquierda aparece con frecuencia plagada de “especificidades *qutri* (territoriales)” por lo que valida y refuerza como divisiones “naturales” las divisiones coloniales. Así, los partidos políticos de la izquierda que se fundaron en la idea de “la lucha contra el colonialismo” acabaron reconociendo el resultado más directo del colonialismo, es decir, el Estado *qutri* (territorial). Por otra parte, llegaron a aceptar posiciones contrarias a sus principios fundamentales bajo el pretexto de la “especificidad (política)”. Por ejemplo, la mayoría de los partidos comunistas árabes no se opusieron a la participación del Partido Comunista de Irak en el Consejo de Gobierno establecido por la ocupación estadounidense en Irak en 2003; este partido sigue siendo socio del “proceso político” que el patrocinio de la ocupación puso en marcha y que sigue vigente. Otro claro ejemplo es la posición de la izquierda respecto a Siria. Muchos izquierdistas y nacionalistas no han dudado, en nombre de la *mumana’ah* (la resistencia anti-imperialista), en apoyar al régimen de Asad, cuyo vicio por la corrupción, represión política, liberalización económica y reconocimiento de la legitimidad de Israel, son muy similares a los de los otros regímenes árabes.

El error histórico de la asociación de la izquierda con el nacionalismo árabe

Numerosos estudios han investigado el impacto del modelo europeo de Estado-nación como encarnación de los intereses capitalistas dentro de un espacio geográfico determinado, en el surgimiento del Movimiento Nacionalista Árabe en la mitad del siglo XIX. El nacionalismo árabe no surgió como respuesta a una clase burguesa nacional que trataba de consolidar su control sobre una determinada zona geográfica que constituía su mercado nacional. A pesar del descontento árabe con el imperio otomano y el deseo de independizarse de aquel, y a pesar de los factores determinantes de la lengua árabe y la Historia comunes y del “sentimiento nacional”, el nacionalismo árabe no emergió de una necesidad del *materialismo histórico*. Más aún, no contaba con ninguna producción intelectual que no estuviera contaminada de romanticismo, de nobles sentimientos, de egoísmo y de ambiciones futuras sobre el estableci-

miento de un “super-Estado unificado y poderoso” que volviera a situar a los árabes en su merecido lugar en el mapa político-económico del mundo (como una vez hizo, probablemente, el Imperio Árabe Omeya). Son los sueños de poder y de imperio, pues, y no los de justicia e igualdad entre los seres humanos, y los de poner fin a la coacción y a la persecución del mundo, los que animaron a estos nacionalistas. A día de hoy, los nacionalistas árabes no pueden responder a las preguntas básicas de que es un árabe y cómo se “distingue” de otros seres humanos, de cuál debería ser la posición al respecto de las poblaciones no-árabes que habitan la región y que constituyen un sector auténtico y natural de la misma. Cualquier respuesta coherente a estas preguntas que pudiera trasladarnos a la esfera humana, invalidaría de manera lógica al nacionalismo árabe. Mientras que cualquier respuesta que adopte concepciones raciales o culturales acerca del nacionalismo árabe, las cuales son exclusivistas y conducen a la dominación y al fascismo, lo desacreditarían moralmente.

La verdad es que el discurso nacionalista está sustentado en el desprecio racista por los no-árabes. El nacionalismo es una apelación a la afirmación de la identidad y el carácter *específico* de la nación, que la establece y la diferencia del resto. Es una idea y un movimiento de lucha que persigue el establecimiento de un Estado para los árabes. Es fácil detectar el desprecio racista cuando los no árabes son objeto del discurso nacionalista. Los iraníes son demonizados como “persas” o “safavidas”, mientras que los turcos son “turranios” o “selyúcidas”. Los kurdos son retratados como puros agentes de Israel. Muchos son los estudios que se han dedicado a demostrar los orígenes árabes del pueblo amazigh o bereber, como si ello fuera un requisito previo para que puedan calificarse como gente respetable y honorable, y por lo tanto puedan convencerlos de que renuncien a su cultura en favor de los ideales nacionalistas árabes. El discurso nacionalista también hace antagónicos a los judíos y el judaísmo, y no al sionismo y los sionistas. Percibe la lucha en Palestina como una lucha contra el judaísmo como religión y no contra el sionismo como un movimiento *colonial de asentamiento*.

Mientras que los izquierdistas de todo el mundo llevan a cabo protestas y actividades de apoyo a las causas árabes (como a las de Irak, Palestina y a los levantamientos de la Primavera Árabe), es raro ver manifestaciones árabes en solidaridad con causas no árabes de otras partes del mundo. También es raro que la izquierda árabe adopte y defienda temas relativos a los derechos laborales de los migrantes o de los trabajadores domésticos migrantes.

El discurso nacionalista es aislacionista en su esencia. Aunque el intelectual Esmat Sayf-el-awlah comienza su definición del nacionalismo árabe negando que signifique “*el aislamiento respecto de las causas que afectan a toda la humanidad, o a cualquier grupo dentro de ella*”, recae más tarde en este aislacionismo al limitar el compromiso e identificación de los nacionalistas con aquellas causas humanas “*que afectan a la existencia nacional y su*

movimiento.” Por lo tanto, la consideración humana se define a partir del patrón de los intereses nacionales, y no al revés. También afirma que

la existencia nacional es solo una forma específica de existencia. En consecuencia, es la suma y no la resta de la existencia de otros grupos humanos. Así, el nacionalismo se convierte en una relación de aceptación y respeto a la existencia concreta de todas las formas de sociedad humana.

De esta manera define la humanidad como un conjunto de círculos cerrados de “existencias específicas”, concepción aislacionista no muy diferente de la que asociamos a los conceptos de secta o tribu. De hecho, en la cita anterior podemos sustituir la palabra “nacionalismo” por “sectarismo” o “tribalismo” sin que la definición pierda su sentido. A partir de ella es posible representarse cualquier forma de existencia humana específica constituida en torno a la religión o el parentesco cercano o, más tarde, de la raza y la cultura, o incluso de cualquier otra colectividad tomada al azar.

El argumento nacionalista en favor de “la nación” - que aún no se ha formado dentro del Estado-nación- no implica ninguna dimensión de clase o, lo que es lo mismo, ninguna distinción entre el opresor y la víctima. El nacionalismo se enfrenta asimismo a varias inconsistencias y lagunas ideológicas, ya que en un primer momento tomó prestado el modelo de un sistema económico socialista y laico y luego, en algunas de sus versiones más recientes, se ha vuelto hacia el liberalismo y la economía de libre mercado, o incluso -en otras versiones- hacia campañas religiosas y conferencias islamistas-nacionalistas.

Por todo eso, el discurso nacionalista, que tuvo que ser construido sobre la idea de la “existencia concreta” con el fin de reforzar su específica nacionalidad frente a otras nacionalidades, ha generado a veces un fascismo étnico dirigido contra persas, kurdos y turcos, y un fascismo *qutri*¹ en otras ocasiones.

Por lo tanto, bajo la influencia de las propuestas nacionalistas, la izquierda ha fracasado en el establecimiento de un proyecto verdaderamente emancipador que incluya la idea de justicia para todos los pueblos de la región, entre ellos los llamados “minorías étnicas”, como los kurdos y los bereberes. Estos grupos forman parte inalienable de la región y sus luchas deben ser una parte fundamental de cualquier proyecto que se proponga su liberación. En ningún caso deberían ser tratados como “extranjeros” (existentes tan solo dentro del concepto de su círculo específico), ni como grupos que tendrían que adoptar la identidad árabe a fin de obtener su legitimidad (o asimilarse en el círculo específico de la existencia “árabe”).

¹/En el sentido de “estrechamente territorial”.

La timidez del proyecto socioeconómico de la izquierda

La posición original de la izquierda apunta a la férrea defensa de las libertades sociales y de la libertad de creencia y de expresión. Sin embargo, por muchas razones, en realidad la izquierda parece mostrarse tímida respecto de su proyecto económico y social, cuando cree en él. Parece mostrarse tímida, en efecto, a la hora de defender la libertad de expresión y de creencias, sobre todo cuando se trata de abordar críticamente las religiones abrahámicas. Es por ello que su defensa de la libertad adopta apenas una forma política. No se ocupa de la reproducción de las relaciones de poder dentro de las unidades sociales, como por ejemplo la familia, y no ofrece ninguna crítica histórica, explícita y detallada, de la religión en su condición de institución social. Por encima de todo, la izquierda árabe está plagada de prejuicios homofóbicos. No reconoce el derecho de los homosexuales a decidir sus preferencias sexuales. A veces incluso se refiere a la homosexualidad como al resultado de una conspiración judeo-imperialista. Y ello a pesar del apoyo de los movimientos *queer* a la causa árabe en Palestina y en Irak (antes y después de la ocupación) y de su participación activa en la defensa de estas causas.

Con el propósito de analizar y denunciar la imposibilidad de un proyecto emancipatorio que opere dentro de los límites del estado territorial, que fue un diseño colonial concebido expresamente para despojarlo de cualquier potencial de liberación, intenté construir con otros compañeros árabes una nueva forma abierta de coalición anti-imperialista que trascendería las fronteras territoriales. Su nombre/título era: “Hacia una Coalición de Resistencia Popular Árabe”. Escribimos un documento en el que tratábamos de formular los principios políticos e intelectuales del proyecto y que fue firmado por decenas de personas, así como por organizaciones de izquierda y nacionalistas. El trabajo en el proyecto se prolongó solo entre el año 2005 y el 2008. Terminó debido a la indolencia/laxitud de algunos de los que participaban en él, y a las tentativas de algunos otros para manipular la obra a su favor, a lo que hay que añadir las ambiciones personales y rivalidades por puestos de “liderazgo”. Todo lo que finalmente quedó del proyecto es el documento electrónico que lleva su nombre.

Curiosamente, en el segundo párrafo de dicho documento se afirma lo siguiente:

las clases dominantes y los regímenes imperantes en los territorios árabes son dependientes del imperialismo y sumisos a sus intereses. Por lo tanto, nunca podrán estar en la misma trinchera que los que defienden los intereses de la gente. La ‘reforma’ promulgada por estos regímenes no es, en realidad, otra cosa que una mentira. La lucha contra ellos es una parte esencial de la lucha contra el imperialismo.

“La izquierda aún no ha nacido en el mundo árabe. Y ahí reside la esperanza”

Esta ha sido la interpretación estratégica de la realidad de los regímenes árabes por parte de la izquierda (y los nacionalistas) desde la mitad del siglo XX. Pero uno no puede dejar de asombrarse de la transformación que ha sufrido esta interpretación estratégica en el análisis de algunos de los firmantes del documento, si juzgamos a par-

tir de las nuevas posiciones que han adoptado. Para ellos, el régimen sirio se ha convertido no solo en un “freno anti-imperialista” sino en un régimen “resistente”. Y las revueltas árabes (excepto para el levantamiento de Bahréin) se han convertido -a posteriori, es decir, solo después de la sublevación siria- en una conspiración estadounidense-israelí-saudí-qatarí. ¡Poblaciones enteras, cuyas revueltas estos izquierdistas han estado esperando con impaciencia, se han convertido, también de repente, en poblaciones mercenarias controladas y manipuladas por agentes extranjeros!

Por lo tanto, muchos “izquierdistas” (y “nacionalistas”) se convirtieron en feroces defensores, no solo del régimen sirio, sino también del Estado *qutri* árabe en sí, al que se habían opuesto previamente durante mucho tiempo como a una mera secreción de la era colonial. La caída del régimen sirio y del Estado *qutri* en general se ha convertido para ellos en un sinónimo de “caos”. Como si el sistema político árabe no fuera ya en sí mismo un caos reprimido de manera coercitiva; y como si no fuese esta misma lógica la que llevó a los regímenes árabes a adquirir “Estados”. Sin embargo, el moderno “Estado” árabe tiene muy poco en común con el Estado moderno. Estos regímenes solo contienen la voluntad del gobernante, sin la ley, y sin instituciones de gobierno ni justicia. Tanto es así que los hijos de los presidentes de algunas de estas “repúblicas” árabes pueden heredar el gobierno de sus padres. ¿Podemos decir que son realmente Estados o más bien variantes del caos? ¿Qué están defendiendo estos “izquierdistas” y “nacionalistas”?

Precisamente porque el proyecto de izquierdas carece de un fundamento intelectual claro cualquier persona que desee proclamarse “de izquierdas” puede hacerlo sin empacho, incluso cuando sus propuestas contradigan los principios básicos de la izquierda. En este contexto, podemos entender por qué algunos izquierdistas exigen el aislamiento de los refugiados sirios en Jordania (sí, el aislamiento, ¡la misma táctica que los nazis!). Han exigido además que se prohíba a los refugiados toda actividad política, y han pedido al régimen jordano que intervenga para aplicar esta prohibición mediante la fuerza si es necesario.

La ausencia de las organizaciones de izquierda en las revueltas

Los grupos de izquierda no jugaron un papel importante en las revueltas árabes. En cambio, habían participado en el trabajo político “legal”, apoyando la

afirmación engañosa de que el cambio era posible desde “dentro”. Su participación complaciente contribuyó a alimentar el aura de falsa legitimidad y democracia que rodea y cubre las prácticas opresivas y fragmentadoras de los regímenes autoritarios.

Las revueltas árabes surgieron de forma espontánea y se intensificaron exponencialmente. Las puso en marcha un sector de la sociedad con el que no contaba nadie: esa juventud de la clase media que se contempla casi siempre con desconfianza y pocas esperanzas. Como consecuencia, la “izquierda” se sintió impotente y se dio cuenta de su bancarrota intelectual, política y estratégica. No pudo evitar estrellarse violentamente contra su propia incompetencia organizativa y contra su escaso respaldo popular. La izquierda se descubrió completamente incapaz de participar en la elaboración de la nueva realidad. ¿Qué hacer entonces? Confesando su derrota, se refugió en el recurso de acusar a las revueltas árabes de “sumisión” y convertirlas en el elemento principal de una conspiración universal. De ahí que haya acabado luchando en favor de la preservación del sistema oficial árabe y su “Estado” *qutri*. Los Ejércitos árabes, que hasta entonces habían sido vistos como protectores de las fronteras de Israel y garantes del mantenimiento de los regímenes árabes, se convirtieron, en un impresionante malabarismo de transmutación política, en la única garantía posible para asegurar la soberanía de la patria y la independencia; los Estados surgidos de los acuerdos Sykes-Picot y sus gobiernos serviles ahora deben ser defendidos contra el caos. Para alguno de estos “izquierdistas”, la negación de la historia alcanzó un nivel más que sorprendente en la forma en que retrató el régimen sirio en términos casi utópicos. Todas las masacres del régimen y crímenes como el de Tal-Za’atar; su participación militar junto a EE UU contra Irak en Hafr El-Batin; su alianza con los aliados de Israel en la guerra civil libanesa y su incorporación a la Conferencia de Madrid para la “paz” con “Israel”, todos estos datos históricos han sido simplemente olvidados. En cambio, se representa al régimen como trabajando día y noche para liberar los Altos del Golán ocupados por Israel.

En la cara opuesta de la “izquierda” se encuentra esa otra vertiente de “izquierdistas” que se convirtieron en aliados de Estados Unidos y los poderes imperialistas -representantes, pues, de principios diametralmente contrarios a la izquierda- en el contexto de la campaña estadounidense en favor de “transiciones democráticas” en vísperas de las revueltas árabes. El Partido Comunista iraquí, que participó en el Consejo establecido por la Ocupación estadounidenses, sentó el precedente de este tipo de colaboración complaciente. Muchos han seguido sus pasos y perfeccionado su inescrupulosa incoherencia, trabajando al lado de gobiernos que siempre habían denunciado como “reaccionarios” y “serviles”, o con grupos religiosos y salafistas opuestos política e intelectualmente a la cultura de izquierdas. Es digno de mencionar aquí que las alianzas con los grupos religiosos remontan sus raíces a alianzas pre-

vias entre algunos izquierdistas y grupos religiosos “moderados”, como los Hermanos Musulmanes.

Es en el caso de Siria donde la falta de credibilidad de la izquierda y la ausencia de un proyecto coherente, se han hecho más evidentes. Si EE UU quieren a Bashar Al-Asad fuera del poder, ¿significa eso que deberíamos apoyarlo sin que nos importe lo que representa? Se trata una vez más de la teoría de la conspiración imperialista. Muy bien, pero aceptémosla en todas partes: ¿deberíamos haber cambiado también de posición y apoyado a Mubarak tan pronto como Obama le pidió que renunciase? Este es el tipo de lógica mecánica y reactiva (= reaccionaria) que debilita a la izquierda. Por otro lado, hay otra izquierda, no menos carente de credibilidad y coherencia, que, puesto que no consigue materializar sus “proyectos laicos y progresistas”, recurre a la “colaboración” con los regímenes reaccionarios árabes de Arabia Saudí o Qatar, o con la OTAN y las fuerzas imperialistas internacionales (EE UU y la UE), que son los principales enemigos de la izquierda.

Conclusión: ¿es esto la “izquierda”?

Esto no es la izquierda. Esto es un vacío epistemológico incapaz de producir un discurso político coherente ni con sus propios argumentos ni con el marco de referencia al que se asegura pertenecer. Lo que existe en realidad son organizaciones de “izquierda” y personas de “izquierda” que son similares en su composición a los regímenes árabes; hipócritas y traidores que solo son buenos para maniobrar y conspirar por el poder; presidentes vitalicios de partidos que llevan a sus hijos o esposas para heredar el liderazgo; opresores de las corrientes críticas de renovación. Evitan el pensamiento, la filosofía y la lectura. Se alejan de los movimientos sociales. Colaboran con aquellos a los que se oponen (los regímenes árabes y el Estado *qutri*/territorial por un lado y con las fuerzas imperialistas y reaccionarias por el otro) y las legitiman. El fracaso es el resultado inevitable de un “proyecto” cuyos fundamentos descansan en una incoherencia semejante. Esto no es la izquierda. Es más bien una recopilación de complejos psicológicos y disonancias. La izquierda aún no ha nacido en el mundo árabe. Y ahí reside la esperanza.

Fuente:<http://arableftist.blogspot.com.es/2013/01/a-crisis-for-project-or-its-proponents.html>

Hisham Bustani es escritor y activista nacido en Jordania. Colabora habitualmente en los conocidos diarios *al-Akhbar* (Líbano) y *al-Quds al-Arabi* (Londres) así como en la muy conocida revista de literatura *al-Adab* (Líbano). Sus artículos han sido traducidos al inglés, español, italiano, francés y alemán. Escribe también literatura. Sus dos últimos libros de ficción son: *On Love and Death* (Beirut: Dar al-Farabi, 2008) y *The Monotonous Chaos of Existence* (Beirut: Dar al-Farabi, 2010).